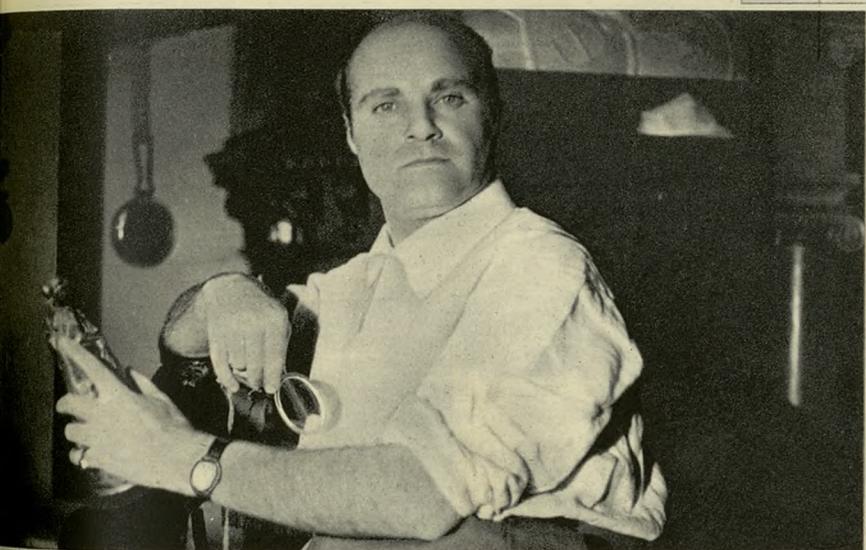


## UN ESCULTOR HISPANISTA EN NUEVA-YORK

# R. Murabito



A la derecha: «Malagueña», por Murabito. Esta figura fué elegida para la estatua que el «Metropolitan Opera House», de Nueva York, erigirá en recuerdo de Encarnación López («La Argentinita»), la genial bailarina española.



EN medio de la barahunda materialista y mecánica de Nueva York, con sus rascacielos, su velocidad y su seca indiferencia por lo puramente bello y armonioso, existe, como un descanso grato, un maravilloso refugio de civilización europea que nos transporta al espíritu de otros tiempos y a más nobles experiencias de vida que las sufridas actualmente.

La casa del escultor Rosario Murabito, en plena ciudad, es un placido rincón del Renacimiento europeo, en el que preside por vocación y sentimiento, un ambiente español. Quien traspone su puerta, recibe el saludo acogedor y confianzudo de un maravilloso cuadro del Parmigianino, retrato del Papa español Alejandro VI, como señor y patrono de la casa, de acuerdo con la grandeza del mecenas. Los maravillosos tapices, las poltronas de rojo damasco valenciano frente a la chimenea, el artesonado, los arcones y bargueños, la espantosa mesa de nogal tallado, bien podían haber pertenecido al magnífico Papa Borgia, así como el suave relieve en mármol de Donatello y la tabla del Señor coronado de espinas, de Quentin Massys, obras de arte tan unidas al gusto y la afición del prócer hispánico.

Tal vez sea este espíritu el que ha movido al artista, italiano de origen, a realizar su obra a la manera y con el aliento y tema de la estirpe españolista que tanto ama. Florencia le da sus primeras armas, que va puliendo y perfeccionando en sus continuos viajes por Francia, Holanda, Suecia, Noruega, Alemania y España. La huella de cada país la recoge y plasma en obras importantes, y si Francia le procura el busto del Cardenal Chaminade, Finlandia le da la efigie del cisne de Tuonela, el compositor Jan Sibelius, y Florencia sus fuentes y España una muy gentil cabeza de José Antonio Primo de Rivera, llena de espíritu y viveza de su alma despierta. Pero América le presta ese carácter cosmopolita que tiene su timbre español. Murabito esculpido, pinta, escribe, cocina y trata de saciar su ávida curiosidad por todo cuanto es vida y es humano. Este interés y este amor por todo ello le proporcionan una inmensa variedad de amigos, artistas, archiduques, poetas, filósofos, mendigos, obreros y hasta príncipes de todas las nacionalidades. Y porque su salón es ya pequeño para tanta concurrencia, ha edificado, decorándolo con sus pinturas, un café en pequeñito, en una esquina de su casa, para convertirlo, como tertulia o robotica española, en lugar de cita de intelectuales y celebridades.

Este hombre ha conservado su prosapia mediterránea de deje hispánico, a pesar de su vida cosmopolita. En su espléndida biblioteca aparecen en sitio de honor, junto a los clásicos del

mundo antiguo, los españoles, en ejemplares rarísimos, al lado de los modernos, especialmente Ortega y Gasset y Unamuno, de quienes es profundo admirador. En nivel medio intelectual, pero dentro de lo que es alma de la estirpe, sabe preparar un arroz con pollo, o unos «spagentis» con el mismo deleite que puede hablar durante horas de un clásico latino o del viejo rector de Salamanca. Inquieto por las pequeñas nadertas va buscando por el barrio italiano de Brooklyn una de esas viejas mujeres romanas que sepa la olvidada receta con que se preparaban aquellas alcahofas que obligaron a Cicerón a alabarlas en su discurso sobre la «triglia».

El interés de Murabito por los trajes y bailes españoles se debe a la sincera amistad que siempre tuvo con la Argentinita y con su hermana Pilar López. Más de quince bocetos de aquella lucen en su estudio, recogiendo el garbo y la gracia de las danzas españolas: malagueña, bolero, sevillanas, jota, etc., con reciedumbre ibérica y factura italiana. Por eso no es de extrañar que Murabito cuente entre sus mejores amigos a los españoles y que éstos sean, a su vez, quienes adquieren sus obras. A la colección del Marqués de Cuevas fué una de las Vírgenes modeladas por el artista, de inspiración netamente renacentista, como las Vírgenes de la Roldana: la de D. José Paniago, una cabeza de Cristo en terracota, y como un reconocimiento al noble quehacer de España a través de sus hombres y valores, con el cuidado del cincelador, las manos milagrosas del eminente oculista Ramón Castroviejo.

ARACELI DE SILVA, DUQUESA DE ALMAZAN